

que las desechó con altivez, contando con los conjurados que debían franquearle una puerta de la ciudad. Algunos escrúpulos propuso de su religión vengativa, y dijo que el honor y la conciencia le precisaban á vengar la sangre de tantos millares de musulmanes asesinados por los cristianos. Pero habiéndole replicado de parte de la reina y de los señores, que si no les otorgaba una capitulación honrosa, no tenía que esperar más que una defensa la más obstinada y todo el resentimiento del valor ultrajado, temió reducirlos á la desesperación, y capituló con las condiciones siguientes: que entregarían la ciudad en el estado en que se hallaba sin demoler cosa alguna: que la nobleza y los militares saldrían con armas y sin escolta para ir á Tiro, ó á cualquier otro lugar que quisiesen: que los ciudadanos llevarían sus muebles, y serían conducidos igualmente con seguridad, pagando antes un tanto fijo por cabeza.

Bajo de estas condiciones fué entregada Jerusalén, el viernes, segundo día de octubre, á Saladino, que preciado de generoso y fiel á su palabra, las hizo observar con una rigurosa exactitud. Habiendo recogido el patriarca Heraclio todas las riquezas y los ornamentos de la iglesia, hasta las planchas de oro y plata de que estaba cubierto el Santo Sepulcro, pretendieron los oficiales del sultán que la capitulación solo permitía llevar los bienes de los particulares; pero Saladino contestó, que supuesto que en ella no se exceptuaban los de las iglesias, no se agravase más el infortunio de aquellos desgraciados con razones que no eran incontestables á la letra. En todas las cosas manifestó igual magnanimidad. Trató á la reina Sibila, como también á las princesas sus hijas, con mucho respeto, y la dió esperanzas de la libertad del rey su esposo á costa de un mediano rescate, que se verificó luego con la entrega de la ciudad de Asca-

lon. Seguían en gran número á la reina las mugeres y las jóvenes de Jerusalén, llevando los niños por la mano, y lamentándose lastimosamente. Preguntóles el vencedor qué podría él hacer para mitigar su dolor. «Señor, le contestaron, todo lo hemos perdido; pero podreis sin menoscabo de vuestro poder convertir nuestra desgracia en alegría. Volvednos nuestros padres, volvednos nuestros esposos que gimen entre cadenas, y os abandonamos gustosas todo lo demás. Confundidas sus lágrimas con las nuestras les quitarán toda su amargura; y el que alimenta á las aves del cielo, nos alimentará á nosotros y á nuestros hijos.» Inmediatamente mandó Saladino buscar entre los cautivos todos aquellos que reclamaban, pagó de su tesoro su rescate á los soldados, é hizo á estas familias desgraciadas diversos regalos proporcionados á su condición.

Más tanto como este príncipe infiel hacía brillar su humanidad, otro tanto el conde de Trípoli se mostraba indigno de la ley de gracia y de caridad que profesaba. Apenas aquellas infelices llegaron á él buscando su refugio, les quitó con vileza cuanto Saladino les había dado, y las abismó en tal desesperación, que viéndose una muger reducida á no tener con qué alimentar á su hijo, le echó en el mar. No tardó en recibir el premio de su detestable rapacidad. Saladino, lejos de tratarle como favorito y hombre de confianza, quiso poner guarnición en Trípoli. El conde perdió el juicio, y asaltado de una especie de rabia, murió de repente.

Así que los cristianos francos salieron de Jerusalén, los musulmanes derribaron todas las cruces, las pisaron, cometiendo en ellas toda especie de profanaciones, como en instrumentos de idolatría afrentosos al mismo Mesías, según el Corán que dice que no fué Jesús el crucificado, sino Judas en su lugar. Todas las iglesias fueron con-

vertidas en mezquitas, excepto la del Santo Sepulcro, á causa de las peregrinaciones que hacían la riqueza de Jerusalén, aunque no fué permitido visitar los Santos Lugares á no ser sin armas, siendo pocos en número los peregrinos y pagando algunos derechos. Permanecieron en ella los cristianos sirios, armenios, griegos y de todos los demás ritos, exceptuando el latino. Tal fué el estado á que vino Jerusalén bajo la dominación de los infieles, después de haber agotado á la Europa durante ochenta y ocho años de casi todas sus riquezas y de sus más distinguidos guerreros. No conservaron los latinos en Oriente más que tres plazas considerables, Antioquía, Tyro y Trípoli.

Llegaron estas noticias á Italia con aquella rapidez que acompaña á la fama en sus anuncios funestos. En menos de tres semanas las supo Urbano III en Ferrara, cabalmente en los momentos en que se ocupaba de proporcionar socorros á los príncipes que combatían en Palestina (1), y murió de sentimiento el 19 de octubre de 1187, después de un pontificado de menos de dos años. En su lugar y en 20 del mismo mes fué elegido Alberto, cardenal cancelario de la Iglesia romana, que tomó el nombre de Gregorio VIII, cuya elección hizo concebir las mayores esperanzas. El historiador Hugo de Auxerre nos le pinta como un hombre sabio, elocuente, de gran celo, de sanas costumbres y aun de vida ejemplar. Mas solo ocupó la Santa Sede un mes y veintisiete días, habiendo muerto en Pisa, donde acababa de reconciliar esta república con la de Génova á fin de que trabajasen de común acuerdo en la reconquista de la Tierra Santa. Tres días después de su muerte, el 16 de diciembre, eligieron en Pisa mismo por sucesor á Paulo ó Paulino, cardenal, obispo de Pales-

(1) Gervas. Chron. pag. 1307.

trina, á quien dieron el nombre de Clemente III.

Inmediatamente después de su coronación se dedicó á restablecer sólidamente la paz entre los romanos agitados por continuas facciones durante muchos pontificados. El motivo principal de esta larga división era la ciudad de Túsculo, perteneciente al Papa, y que los romanos, después de algunas batallas deshonrosas, querían enteramente someter para reparar su honor. Cedióles el Papa á Clemente sus derechos sobre las fortificaciones de esta plaza, y con esta condición le volvieron su ciudad, su senado y el derecho de fabricar moneda, reservando con todo la tercera parte de ella para los senadores, hasta que las deudas contraídas con ellos por algunas iglesias fuesen del todo satisfechas. Además se obligaron, así que á ello fuesen requeridos, á marchar con sus tropas, las que tendría entonces el Papa á sus espensas, según el antiguo método (1). Concluido este tratado, pasó Clemente III á Roma, donde se halló á 3 de marzo (1188).

Dió entonces las disposiciones oportunas para hacer predicar la cruzada en los diversos Estados de la cristiandad. Envió legados á Alemania, Francia é Inglaterra. Mandó ejecutar lo que había ordenado su inmediato predecesor para aplacar ante todo la ira de Dios, á saber, ayunar por espacio de cinco años todos los viernes. Los que disfrutaban de completa salud, debían abstenerse también de comer carne los miércoles y sábados, á lo que los eclesiásticos añadían el lunes. Fué el primero en dar ejemplo de una reforma general en el gasto de la mesa, de los muebles, de los vestidos y equipajes, á fin de asistir con más liberalidad á los que se cruzasen. Impusieronse los cardenales como un deber el imitarle. El arzobispo de Tyro, que había pasado el mar pa-

(1) Rog. pag. 689.



ra interesar á los príncipes de Europa á favor de la suerte deplorable de los latinos orientales, dispuso entonces una conferencia entre los reyes de Francia y de Inglaterra que se hacian una guerra muy viva. En esta asamblea augusta y numerosa pintó con colores tan vivos la desolacion de la iglesia de Oriente, y los males aun mas espantosos que la amenazaban, que los dos reyes olvidando sus querellas particulares, no pensaron mas que en vengar la injuria de la Religion. Tomaron al punto la cruz, y á su ejemplo la tomaron tambien Ricardo, conde de Poitiers, hijo primogénito del rey de Inglaterra; Hugo III, duque de Borgoña; Felipe, conde de Flandes, y otros muchos señores de menor consideracion. Para distinguir las naciones convinieron en que los franceses llevarian una cruz roja, los ingleses una blanca, y los alemanes verde (1188).

Para impedir los desórdenes durante el viaje, se publicaron diversas ordenanzas, y tambien para mantener la paz en los dos reinos cuyos soberanos se habian cruzado. Tambien se estableció en estas circunstancias el impuesto famoso que fué llamado décima saladina, como exigida para hacer la guerra á Saladino. Todos los que no se cruzaban quedaron obligados á pagar durante el año de 1188 la décima parte de todas sus rentas y aun de sus muebles. Púsose anatema contra los refractarios; y para asegurar aun mejor la recaudacion, establecieron comisarios poderosos y vigilantes, entre ellos un templario, un hospitalario, un ministro del rey y uno del obispo. Quedaron sujetas á este impuesto las personas de todo estado y condicion, clérigos y legos, seculares y regulares, escepto los hospitales de leprosos, los religiosos cartujos, los cistercienses y los de Fontevault. Murmuraron muchos eclesiásticos y publicaron sus quejas por medio del sábio Pedro Blesense. Dijeron que la Iglesia quedaba de

este modo reducida á servidumbre; aplicando á las cosas temporales la idea de libertad santa, que solo se refiere á la esencion del pecado y de las ceremonias legales, y que por otra parte hace relacion al cuerpo de los fieles de la misma manera que al clero. Pero fueron desatendidas estas quejas, y la colecta se llevó á debido efecto.

Sobrevino entretanto entre los reyes de Francia y de Inglaterra una guerra nueva que retardó su partida. Habiendo Ricardo, primogénito del monarca inglés, abandonado al rey su padre para ponerse bajo la proteccion de Felipe Augusto, envió el Papa Clemente al cardenal Juan de Anagni para dar fin á una desavenencia tan inoportuna. Túvose una conferencia en Ferte-Bernard, donde el legado habia reunido los dos monarcas con el príncipe Ricardo. Desde luego exigió Felipe Augusto el cumplimiento del matrimonio que se habia prometido entre su hermana Alix y el conde de Poitiers. Por el contrario, queria el rey Enrique casar con Alix á Juan, su segundo hijo, de quien creia poder recelar menos que de Ricardo. Vista una diferencia tan poco conciliable, protestó el legado que si el rey Felipe no convenia con el rey de Inglaterra, pondria entredicho en todos los Estados de Francia. A su vez Felipe protestó que no habia en la tierra poder autorizado para impedir á los monarcas franceses reprimir á los vasallos rebeldes y vengar las injurias de su corona. Sostuvo Felipe con sus hazañas esta resistencia y el rey Enrique se vió reducido á firmar un tratado por el cual se puso á su discrecion. Entre otras cosas convinieron, en que por la primavera del año siguiente partirian para Tierra Santa; pero el rey de Inglaterra concibió una tristeza tan viva al verse abandonado de sus propios hijos, que cayó enfermo en Chinon de Turena, donde murió el 6 de julio de este año de 1189 (1). Muchos

(1) Chron. Clarav. Rog. pag. 632.

dias antes de su muerte echó la maldicion á sus hijos, y jamás quiso revocarla á pesar de las instancias que le hicieron los obispos y otras personas piadosas, bien que se hizo conducir á la iglesia, donde recibió el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor, despues de absueltos sus pecados.

Ricardo su hijo, que ya era conde de Poitiers, le sucedió en todos sus Estados. Antes de ser consagrado juró delante del altar de Westminster que conservaria toda su vida la paz y el honor de la Iglesia: que gobernaria su pueblo siguiendo todas las reglas de la exacta justicia: que aboliria todas las malas costumbres y estableceria las buenas. Despues de esta ceremonia, mientras estaba dando á los obispos un convite solemne que servian los señores mas distinguidos, vinieron los judios á ofrecerle sus presentes. Estaba esta nacion muy notada de maleficios y por otra parte era un objeto de odio en Inglaterra, lo mismo que en Francia, despues de los sacrificios de los niños cristianos que motivaron la espulsion que Felipe Augusto fulminó contra ellos. Quiso un cristiano impedirles la entrada al lugar del convite y dió una bofetada á uno de ellos. Otros muchos celosos á su ejemplo los repelieron con iguales ultrajes. La conmocion se hizo bien pronto general. El tumulto pasó del palacio á toda la ciudad de Lóndres, donde se divulgó la voz de que el rey habia mandado esterminar los judios. El pueblo numeroso de esta gran ciudad, y los que la ceremonia habia atraido de las provincias que eran aun muchos mas, se armaron por todas partes y les cargaron con furor. Pusieron en fuga los judios hácia sus casas, pero perecieron una infinidad antes de llegar á ellas. Prendieron fuego á aquellos sitios donde los demas se habian refugiado, y con un furor tan ciego que muchas casas de los cristianos fueron presa de las llamas. Vanos fueron los esfuerzos que hizo el rey para contener este

desórden: el pueblo furioso no escuchó á los grandes señores que envió Ricardo al efecto, quienes se retiraron muy pronto, temiendo ser tambien víctimas del furor popular.

Tratando el monarca de impedir al menos que tal barbarie se estendiese á las provincias, espidió por todas partes órdenes rigurosas prohibiendo hacer daño alguno á los judios; pero antes de su publicacion, el ejemplo de Lóndres habia arrastrado ya á muchas ciudades, y en el año siguiente fué tambien imitado por la ciudad de York. Acosados por los cristianos los judios de esta ciudad, el viernes de la semana de Pasion, 16 de marzo, se encerraron en la torre y se negaron á entregarla. Al verse atacados en ella vivamente sin intermision noche y dia, ofrecieron una gran suma de dinero por su libertad y su vida, lo que no les concedieron. Uno de ellos entonces propuso la idea de degollarse unos á otros; hizo adoptar en general la desesperacion, y cada padre de familia tomó un cuchillo y cortó el cuello á su muger, á sus hijos, á sus domésticos y por último á sí mismo. De este modo perecieron los judios de York en número de quinientos, contando tan solo los cabezas de familia. Luego que el rey Ricardo supo este deplorable acontecimiento tomó las medidas mas eficaces para prevenir los desórdenes mientras su ausencia, y para proporcionarse los fondos que habia de necesitar para la expedicion de Levante.

Habiase predicado la Cruzada en Alemania lo mismo que en Francia y en Inglaterra. En una dieta extraordinaria convocada por el emperador en Maguncia, se leyó públicamente una patética relacion de la toma de Jerusalem. Inmediatamente se cruzó el emperador junto con su hijo, llamado tambien Federico, y sesenta y ocho de los señores mas distinguidos, asi eclesiásticos como seculares. Fué tal el número de personas de toda clase que se cruzaron, que



temiendo el príncipe los desórdenes y obstáculos que podía ocasionar tanta multitud, hizo prohibir, bajo pena de excomunión, que marchasen con su ejército aquellos que no tuviesen á lo menos tres marcos de plata.

Partió inmediatamente después de Pascua de 1189, y tomó su ruta por la Hungría, donde fué perfectamente acogido del rey Bela, tercero de este nombre. Pero en Bulgaria, por donde penetró poco después, se vió frecuentemente precisado á abrirse paso con espada en mano. No experimentó menos contradicciones de parte del emperador Isaac Angelo en los Estados del imperio de Oriente que las que ya habian sufrido los anteriores cruzados á causa de la perfidia de los griegos. Dando Isaac crédito á las predicciones de un monge de Studio llamado Dositheo, se le habia metido en la cabeza que Federico iba con intencion de coronar á su propio hijo por emperador de Constantinopla. Estaba persuadido de que él mismo debía el imperio á aquel visionario, á quien en premio hizo patriarca de Jerusalem, siguiendo los griegos en instituir patriarcas de su rito en esta iglesia y en la de Antioquia, á pesar de que los latinos estaban en posesion de efectuarlo. Tan mal procedió con los alemanes, á quienes no obstante habia prometido el paso libre, que Federico indignado desoló las tierras del pérfido griego, y se apoderó de Philippópolis, donde se hallaba de gobernador el historiador Nicetas. Hablando este escritor del suceso (1), tacha de iconoclastas á los alemanes: lo que no puede tener mas fundamento que, ó las preocupaciones nacionales, ó los excesos del soldado y sus profanaciones, casi inevitables en medio de su furor, sea cual fuere la fé que profese. De Philippópolis dirigióse Federico á Andrinópolis, donde pasó el invierno. Con su ejército, que era

(1) Nicet. lib. 12, cap. 4.

de ciento cincuenta mil hombres y su habilidad en el arte de la guerra, se habria sin duda apoderado de Constantinopla, si el griego no se hubiera humillado en su presencia con toda la bajéza de un traidor disfrazado; pero se contentó con sacar grandes sumas de dinero, viveres en abundancia y buques para pasar el estrecho.

Después de haber atravesado el Helesponto, adelantóse confiadamente en Asia invitado por el sultan de Iconio Kildge Arslan II, quinto de los Selyoucidas, á fin de reunir sus fuerzas contra Saladino su comun enemigo; pero habianse reconciliado entre tanto los sultanes de Iconio y de Egipto en honor de Mahoma, y acababa de casarse Melik, primogénito de Arslan, con la hija de Saladino, y éste le habia enviado sus mejores tropas. Por otra parte, el sultan de Iconio era el mas poderoso de los príncipes musulmanes después de Saladino: poseia la Licaonia, la Pisidia, la Pamphilia, la Isauria y la Capadocia. Atacó, pues, con tan terribles fuerzas á Federico en los desfiladeros, famosos por la derrota de la retaguardia del rey Luis el jóven; fué espantoso el combate, y solo con una habilidad igual al valor pudo el emperador forzar el paso de las montañas de Licaonia y llegar al llano. Allí ganó otras dos batallas, y tomó por asalto la ciudad de Iconio, donde su ejército se enriqueció con el botín; pero se disminuyó mucho. Luego pasó los montes de Capadocia, y quiso dar descanso á sus tropas en un valle fértil y placentero bañado del rio Cidno. Era excesivo el calor; quiso bañarse como en otro tiempo Alejandro el Grande en el mismo sitio, y el éxito fué aun mas funesto: apenas Federico, de edad de setenta años, hubo entrado en el rio, cuyas aguas son estraordinariamente frias, cuando perdió el conocimiento, y solo le recobró para dar gracias al Señor por haberle hecho la mereced de cumplir una parte

de su voto, después de lo cual espiró el 10 de junio de 1190.

Federico, duque de Suavia, su segundo hijo, tomó el mando del ejército, y venciendo obstáculos increíbles llegó á Antioquia; pero se introdujo la peste en sus tropas, y en breve se vieron reducidas á siete mil hombres de infantería y seiscientos caballos. También murió él al cabo de siete meses de la muerte de su padre, delante de la ciudad de Acre, ó Ptolemaida, que Guido de Lusitania, libertado de la prision, tenia sitiada con los cristianos fugitivos de Jerusalem y algunos auxilios de Italia. Habia quedado en Europa Enrique VI, primogénito del emperador Federico, y fué proclamado rey de Germania. Entretanto los reyes de Francia y de Inglaterra perfectamente amigos, según lo daban á entender tiempo habia, resolvieron marchar juntos al socorro de los cristianos de Palestina. De estos dos príncipes reunidos eran de esperar los sucesos mas brillantes. Ambos estaban en la flor de sus dias: Felipe Augusto tenia veinte y cuatro años; estaba dotado de toda la fuerza y aun de todas las gracias de cuerpo y de espíritu, de una grande elevación de sentimientos, de gusto á todo lo bueno y á las cosas grandes, del valor hereditario en la casa de Francia, de una sabiduría y moderación rarisimas en su edad, y mas aun en los príncipes revestidos tan pronto de la dignidad Real: escuchaba de buen grado el consejo de los ancianos, y no llevaba á mal que le advirtiesen sus faltas. El rey Ricardo, de edad de treinta y tres años, no tenia ni el cuerpo ni el espíritu tan bien formados como Felipe. Era duro y altanero, tanto mas exigente, cuando mas se condescendia con sus deseos, sin consideracion, sin respeto á los mismos derechos de la naturaleza, que no se detuvo en violar armándose contra su propio padre; mas poseia un brio heróico, é igual capacidad en el arte de la guerra;

era emprendedor, intrépido, valeroso hasta el punto de no ceder á cosa alguna, lo que le adquirió el sobrenombre de *Corazon de Leon*.

Habiendo hecho en Normandía los preparativos para su viaje, fué á Tours á tomar la esclavina y el bordon de peregrino, y luego partió para Vecelay en Borgoña, á donde se citaron ambos reyes. Principió Felipe á tomar las medidas mas sábias y aun minuciosas para el buen gobierno del reino mientras su ausencia, cuyo cuidado encargó á su madre Alix. Proveyó hasta al nombramiento para los obispados y abadías reales; mandando que durante la vacante de estas dignidades conservara la regente la regalia en su poder hasta que el candidato fuera consagrado ó bendecido. También estableció que los beneficios vacantes en regalia se confirieran en su nombre á personas virtuosas y literatas, según el consejo del célebre solitario Bernardo que vivia con fama de santidad en los desiertos de Vincennes. Este es uno de los testimonios mas formales y antiguos del derecho de conferir los beneficios en regalia. Después de estas prudentes disposiciones fué á San Dionisio acompañado de una corte numerosa, donde el dia de San Juan recibió junto con la esclavina y el bordon el estandarte llamado de Oriflamma, cuya sola vista creian llenaba de terror á los mas formidables enemigos. Luego partió para Vecelay, lo mismo que Ricardo, el 4 de julio de este año de 1190.

Ambos monarcas seguidos de una multitud prodigiosa de vasallos, fueron á embarcarse separadamente, Felipe en Génova, y Ricardo en Marsella, para reunirse en Messina. Uno y otro llegaron en el mes de setiembre, y pasaron allí el invierno. Durante esta mansion, el rey de Inglaterra cuyo carácter estremado no conocia reserva ni en el bien ni en el mal, juntó en una capilla á todos los obispos de su comitiva, se postro